

blancura de nieve. Unas se esfuerzan en querer tocar la bóveda de los cielos, en un vuelo majestuoso de águila. Extienden sus alas y parecen inmóviles. Otras se divierten, voltean y se dejan caer parecidas á copos de nieve. Después se paran y vuelven á lanzarse como flechas hacia las alturas etéreas y entonces parecen no tener movimiento en el desierto celeste. Van disminuyendo hasta confundirse en el azul. La cabeza hacia atrás, los niños no pierden el vuelo de las palomas. Las admiran en un silencioso recogimiento. Sus ojos están fatigados, pero brillan con una alegría pura, alegría mezclada de envidia por estos seres alados que con tanta facilidad dejan la superficie terrestre y se agitan en el dominio puro y sereno, todo lleno de la luz brillante del sol. El grupito no es ya más que un punto apenas visible á simple vista, mancha minúscula que lleva en pos de ella la imaginación de los chicos á través de la inmensidad azul. Ejoff expresó bien su pensamiento á los demás cuando dijo, dulcemente, encantado:

— ¡Oh! ¡si nosotros pudiéramos volar así, amigos míos!...

Tomás sabía que el alma humana toma á menudo la forma de una paloma cuando deja su envoltura terrenal, y su corazón se oprimía en una sensación indefinible, violenta y dolorosa. Unidos en un miséxtasis, silenciosos y absortos, los niños esperaban la vuelta de las palomas. Estrechamente apiñados, estaban tan alejados de las miserias de la vida, como las palomas lo estaban de la tierra. En este momento no eran más que niños, sin envidias ni odios. Extraños á todo lo demás se sentían tan próximos unos de otros, y sin decirse una palabra, en el brillo solo de sus pupilas, adivinaban el sentimiento que los agitaba, el de una dicha igual á la de los pájaros en el cielo.

Pero he aquí á las palomas que un tanto fatiga-

das vienen á reposar al caballete de donde han partido. Se les hace entrar en el palomar.

— ¿Amigos, vamos á robar manzanas? propuso Ejoff, instigador de todos los juegos y escapatorias.

Su voz rompió el encanto de esta paz exquisita de que los niños estaban penetrados hasta el fondo de su alma y he aquí que se meten por la empalizada en el jardín del vecino, llevando mil precauciones, con un paso de felinos y dotados también del instinto de las fieras, atentos al menor ruido. Dos sentimientos les mueven: el miedo de ser cogidos y la esperanza de robar impunemente. El robo es también un trabajo, lleno de peligros... ¡Todo parece tan dulce, cuando ha costado trabajo! ¡Y tanto más dulce parece, cuanto más trabajo cuesta! Los niños atravesaron la valla con precaución. Se agachaban, casi se arrastraban para llegar á los manzanos, presto el oído y ojo avizor. Al menor ruido su corazón late y se detiene. Tanto temen ser cogidos, como ser reconocidos; pero si no son más que vagamente percibidos y oyen gritos, entonces es su mayor suceso. Al primer grito se dispersan como gorriones; después se reúnen, y con los ojos chispeantes de alegría y de audacia, se cuentan riendo lo que han experimentado al oír el ruido de voces, y como se han salvado á través del jardín, tan pronto como si la tierra ardiese bajo sus pies.

En estas correrías poco gloriosas, Tomás ponía todo su aliento, mucho más que en cualquier otro juego. Su conducta en estas invasiones era de una temeridad tal que dejaba estupefactos á sus amigos y les irritaba. Apenas entraba en un jardín extraño, era voluntariamente imprudente. Hablaba en alta voz, rompía con estruendo las ramas de los manzanos y tiraba las manzanas podridas en dirección de la casa del propietario. El peligro de ser cogido, lejos de asustarle, no hacía más que excitarle; en sus ojos había un resplandor sombrío, apreta-

ba los dientes y la expresión de su rostro era orgullosa y mala.

Smolin le decía entonces, torciendo la boca con sonrisa desdefiosa:

—Te haces el fanfarrón.

—¡Bah! Lo cierto es que no soy cobarde, replicaba Tomás.

—Sé que no eres cobarde, pero sólo los imbéciles se jactan de ello. Se pueden hacer las cosas tan bien sin hacerse notar.

Ejoff también le criticaba, pero desde otro punto de vista.

—¡Si te gusta tanto dejarte coger, te vas al diablo!... ¡nosotros no somos ya amigos!... Y si te cogen y te conducen á casa de tu padre, no te dirán nada, mientras que á mí me pegarían hasta romperme una costilla...

—¡Cobardel repetía Tomás.

Pero un día Tomás fué cogido infraganti, por el capitán Tchumakoff, un hombrecillo viejo y débil. A paso de lobo, llegóse al muchacho mientras que llenaba su blusa de manzanas robadas y cogiéndole por detrás con rabia:

—¡Ah! ¡ya te cogí, bribón!

Tomás tenía cerca de quince años y escapó listamente de manos del viejo. Pero no tomó la fuga; fruncido el ceño y apretados los puños, se limitó á decir con tono amenazador:

—¡Trata de tocarme!

—¡No te tocaré... te llevaré á casa del comisario de policía! ¿Quién eres tú?

Tomás no esperaba esto, y de repente su valor y su ira se desvanecieron. Este ida á la policía le pareció como una cosa que su padre no le perdonaría nunca... Tembló, y dijo todo confuso:

—Gordeieff.

—¿El hijo de Ignat... Matveitch?

—Sí.

A estas palabras el capitán se turbó á su vez. Se enderezó, arqueó el pecho y tosió enérgicamente. Después, su espalda volvió á inclinarse y dirigió al joven las palabras siguientes, con tono paternal y sentido:

—¡Esto es vergonzoso, amigo! El heredero de un personaje ilustre y respetable, y ved que de repente... esto no es digno de su gran posición... Puede usted retirarse... Pero si vuelve á ocurrir, ¡hum! me veré forzado á avisar á su padre... al cual le ruego presente mis saludos...

Tomás observaba la fisonomía del viejo y comprendió que temía á su padre. Parecido á un lobezno, miraba á Tchumakoff, mientras que éste con una gravedad cómica, retorcia su bigote gris y se agitaba impacientemente ante el muchacho, que no se iba á pesar de la autorización dada.

—Puede V. retirarse, repitió el viejo con un gesto que le indicaba el camino que conducía á la casa.

—¿Y la policía? preguntó Tomás con aire sombrío.

Y se asustó en el momento de las consecuencias posibles de su audacia.

—Era una broma para asustarle, respondió sonriendo el viejo militar...

—¡Usted es quien tiene miedo de mi padre! dijo Tomás.

Y volviendo la espalda al viejo, se perdió en la espesura del jardín.

—¡Yo miedo, yo! ¡Ah! ¡es así! le gritó Tchumakoff.

Y en el tono de su voz, Tomás comprendió que le había ofendido. Se sintió embarazado de vergüenza y tristeza y anduvo rondando solo hasta la noche.

Cuando entró en su casa, vió á su padre que con rostro severo le dijo:

—¿Tomás, has ido al jardín de Tchumakoff?

—Sí, he ido, respondió con aire tranquilo el muchacho fijando sus ojos en los de su padre.

Esta respuesta no era evidentemente la que esperaba Ignat, pues quedó mudo unos cuantos segundos acariciando la barba.

—¡Imbécil! ¿Por qué lo has hecho? ¿No tienes bastantes manzanas tú?

Tomás bajó los ojos y no dijo nada.

—¡Lo ves, tienes vergüenza! ¡Apuesto á que es ese pillote de Ejoff quien te ha impulsado! ¡Espera! Yo le enseñaré cuando le vea... haré que no os junteis más...

—He sido yo mismo, dijo Tomás con firmeza.

—¡Ah! ¡eso me gusta más! exclamó Ignat; ¿qué necesidad tenías tú?...

—¡Porque me agradó!

—¡Porque me agradó! repitió irónicamente su padre. Deberías por lo menos dar una razón de peso, cuando haces tonterías. ¡Ven aquí!

Tomás se aproximó á su padre que estaba sentado en una silla y le colocó en sus rodillas: le puso las manos en la espalda y le miró en los ojos sonriendo:

—¿Te da vergüenza?

—Sí, suspiró Tomás.

—Lo ves, tontito. Tú nos deshonoras á los dos.

Y oprimiendo la cabeza de su hijo contra su pecho, le pasó la mano por los cabellos, y le preguntó de nuevo:

—¿Por qué esa idea de robar las manzanas de los demás?

—¡No sé! dijo Tomás todo confuso. Quizás por no aburrirse. Siempre jugamos, y siempre á lo mismo... eso aburre, mientras que en aquello existe el peligro...

—¿Eso te enardece?

—Sí...

—¡Bah! Es posible... Pero ten entendido, Tomás, deja ese juego, pues otra vez seré muy severo.

—No lo haré nunca más, dijo Tomás.

—Enloquehas hecho bien es en echarte la responsabilidad. ¡Dios sabe lo que más tarde serás, pero en fin, por el momento está bien! Un hombre que responde de sus actos, sin miedo á perder el pellejo, no es una cosa vulgar... Otro, en tu lugar, habría echado la culpa á sus amigos. Tú dices: «Soy yo». Así es como se debe obrar, Tomás... Todo pecado lleva su castigo... Tchumakoff... ¿no te ha pegado, por casualidad? preguntó Ignat con vacilación.

—¡Eso es lo que yo habría querido! replicó Tomás tranquilamente.

—¡Eh!... murmuró entre dientes su padre, con aire chocarrero.

—Le he dicho que tenía miedo de tí... Por eso es por lo que ha venido á quejarse... porque estaba dispuesto antes á no hacerlo...

—¡Vamos!

—¡Te lo juro!... «Presente mis saludos á su señor padre»...

—¿El te ha dicho eso?

—Sí...

—¡Oh! ¡Vil animal! ¡Qué singular ralea los hombres! Uno á quien roban y saluda: «Os saludo respetuosamente». ¡Ja, ja, ja! ¡Bien es verdad que le han robado por una pieza de cinco céntimos, pero esa pieza de cobre es para él como un rublo para mí... Además, no se trata de dinero, sino que esa moneda es mía y nadie osaría tocarla, á menos que yo no la tirase... ¡Vamos, no pensemos más en ello! ¡Cuéntame de dónde vienes y lo que has visto!...

El niño se sentó al lado de su padre y le hizo el relato completo de sus impresiones del día. Ignat escuchaba atentamente, examinando la expresión animada del rostro de su hijo, y el ceño del hombre se fruncía.

—Tú no nadas más que en la superficie... eres un niño... ¡eh, eh!

—Hemos visto un buho en un barranco, contaba

el rapaz; ¡qué cosa más rara!... Trataba de volar y se daba contra un árbol, ¡pam! y dió un grito, un alarido tan plañidero... Después, como lo espantábamos, ha volado de nuevo y siempre lo mismo; se elevaba, volaba un poco y tropezaba con algo: sus plumas caían... Después de haberse hecho daño con todos los picos del barranco ha concluido por ocul-tarse... ya no lo buscamos, nos daba lástima, estaba destrozado. ¿Es que son ciegos por el día?

—Completamente, dijo Ignat. El hombre hace á veces en la vida como el buho en la luz. Busca una posición, se agita, revolotea, tropieza y llega así á perder sus plumas. Destrozado, herido, enfermo, desplumado, se arroja, en fin, en el primer rincón que ve para encontrar el reposo después de tantas fatigas. ¡Desgraciados esos hombres, amigo mío, desgraciados!

—¡Eso deberá hacerles mucho daño! dijo Tomás dulcemente.

—Exactamente, como á tu buho.

—Pero ¿por qué?...

—¿Por qué? Muy difícil de decir es eso... Uno tiene la vista oscurecida por el orgullo... quiere demasiado y no tiene fuerzas... otros el idiotismo... Existen muchas razones. No puedes comprender...

—Venid á tomar el té, anunció la tía Antheisa.

Largo tiempo hacia que estaba bajo en el dintel de la puerta, contemplando enterneada la alta talla de su hermano inclinada amorosamente hacia Tomás; así como la postura meditabunda del muchacho, la mejilla apoyada contra el hombro de su padre.

Así se desarrollaba, día tras día, la vida de Tomás. Una vida, después de todo, poco accidentada, apacible y dulce. A veces unas sensaciones más fuertes que otras y que agitaban una hora ó un día el corazón del niño se destacaban del fondo firme de esta vida monótona, pero se borraban casi in-

mediatamente. Su alma era todavía un lago tranquilo, al abrigo de las tempestades de la vida y todo lo que por casualidad chocaba en su superficie bajaba al fondo, después de haber turbado por corto instante sus aguas adormecidas.

Al cabo de cinco años Tomás dejó la escuela, habiendo pasado regularmente los exámenes de la cuarta clase. Era un bello muchacho, airoso, moreno, rostro bronceado, cejas espesas y un ligero bozo sobre el labio. Sus grandes ojos negros tenían una mirada soñadora y franca y sus labios se entreabrían como los de un niño. Pero á la menor contrariedad, su boca se torcía, sus pupilas se dilataban y su rostro en general tomaba una expresión de rudeza y de voluntad inquebrantables. Su padrino decía hablando de él, con una sonrisa escéptica en los labios:

—Por lo que respecta á mujeres, Tomás, les sabrás más dulce que la miel; pero lo que es en intenciones aún no te he notado...

Estas palabras arrancaban un suspiro á Ignat.

—Deberías empezar á iniciar un poco á tu hijo en el asunto, amigo mío...

—Espera aún...

—¿Esperar, á qué? Dos ó tres veranos en el Volga y en seguida se le casa... Fíjate en mi Liubov; qué linda muchacha...

En esta época, Liubov Maiakín acaba sus estudios en un colegio y estaba en quinta. Tomás la encontraba á menudo en la calle y ella le hacía con la cabeza pequeños saludos llenos de condescendencia, siempre cuidadosamente peinada, y una toca en sus bellos cabellos rojos.

Gustaba mucho á Tomás, pero ni sus mejillas sonrosadas ni sus labios rojos, ni la alegre y picaresca mirada de sus ojos oscuros bastaba á borrar la impresión humillante de sus saludos. Conocía á varios compañeros de colegio de Tomás, entre ellos

Ejoff, pero aquél no se sentía atraído por esta sociedad que le disgustaba más bien. Le parecía que todos sacaban partido de su saber y se burlaban de su ignorancia.

Reunidos en casa de Liubov, leían, y cuando Tomás los sorprendía en medio de una discusión acalorada ó bien ocupados en la lectura, se callaban apenas aparecía. Eso le alejaba de ellos.

Sin embargo, un día que se encontraba de visita en casa de Maiakín, Liubov le llevó al jardín, y allí, haciéndole sentar al lado de ella, le preguntó con una pequeña mueca:

—¿Por qué eres tan poco comunicativo? Nunca dices nada.

—¿De qué hablaré yo, sino sé nada? respondió Tomás con sencillez.

—Estudia... lee...

—No tengo ganas...

—Los que estudian lo saben todo y pueden hablar de todo... Ejoff, por ejemplo...

—Conozco á Ejoff... un charlatán...

—Estás celoso de él, sencillamente. Tiene mucho talento... sí... va á concluir sus clases é irá á la universidad de Moscou.

—¿Y después?... replicó Tomás sin emocionarse.

—Mientras que tú, serás siempre un ignorante.

—¡Tanto peor!

—¡Qué bien está eso! exclamó Liubov con ironía.

—No tengo necesidad de toda esa ciencia para guardar mi posición, dijo Tomás, burlón; está bien para los muertos de hambre estudiar... á mí no me hace falta.

—¡Bah! ¡eres un gran idiota! ¡malo! ¡feo! dijo la muchacha con desprecio.

Y le dejó. Tomás quedóse solo en el jardín. La vió alejarse, frunció el ceño, y con la cabeza baja llegó al fondo del jardín.

Era sensible al encanto de la soledad y al vene-

no enervante y dulce de los sueños. Las tardes de verano, á la hora del crepúsculo, su imaginación se exaltaba ante esos matices suntuosos de las puestas de sol que parecen abrazar á toda la tierra, y sentía que le embarazaba una vaga lasitud, como el deseo de una cosa que le era desconocida.

Acurrucado en un rincón obscuro del jardín ó bien echado en una cama, evocaba la imágen de princesas de hechicería... Tomaban la forma de Liubov ó la de otras muchachas que conocía, pasaban ligeras en la obscuridad de la noche y le miraban con ojos llenos de misterio. Estas visiones despertaban á veces su energía y le emborrachaban. Se levantaba entonces, erguía su alta talla y aspiraba á plenos pulmones el aire cargado de perfumes. Otras veces, estas primeras visiones le entristecían y le daban ganas de llorar, pero se avergonzaba de sus lágrimas, se contenía, y á pesar de ello concluía por llorar.

A veces, en un arrebató de gratitud infinita, se dirigía á Dios y se prosternaba ante su imágen; trozos de plegaria se despertaban en su memoria; fijos los ojos en el cielo, los repetía largo tiempo, los unos después de los otros, y su corazón encontraba el reposo en estos actos de fe donde se expansionaban los rebosantes sentimientos que le agitaban.

El padre de Tomás le introdujo en el círculo de sus relaciones comerciales con precaución y paciencia.

Le llevaba á la Bolsa, le instruía en las compras y beneficios que le dejaban; le hablaba de sus amigos, de sus cualidades, de cómo habían *subido* y cuál era su actual fortuna.

Tomás se puso muy pronto al corriente de los negocios, á los que prestaba seriedad y reflexión. Maiakín se burlaba de él, y guiñando un ojo le decía:

—¡Y bien, he aquí que nuestro polluelo se transforma en gallo!

Y, sin embargo, el rostro de Tomás guardaba todavía, á los diecinueve años, una expresión infantil y un tanto inocente que le distinguía de los jóvenes de su edad. Estos se burlaban de él y le consideraban como muy corto de inteligencia. El, por su parte, los evitaba, picado del concepto en que le tenían. Su carácter indeciso inquietaba seriamente á su padre y también á Maiakín, cuya solicitud era incansable.

—No lo comprendo, decía Ignat desolado. No bebe, no hace la corte á las mujeres, es respetuoso contigo y conmigo, obediente: diríase que es una joven y no un muchacho. Y á pesar de todo no tiene aire de idiota.

—No, de un modo preciso, respondía Maiakín.

—Pues bien, diríase que espera algo... Parece que tiene un velo ante sus ojos... Su difunta madre era igual, caminaba á ciegas en la vida... Fíjate, Africán Smolín no le lleva más de dos años, ¡pero qué diferencia! No se sabe quién de los dos maneja el timón de la casa, si el padre ó el hijo. Quiere partir, estudiar aún en una fábrica y le dice al viejo: «No me habéis instruido bastante, padre». Sí. ¿Y el mío? No se decide á nada... ¡Dios mío!

—Lo que tienes que hacer, aconsejaba Maiakín, es probarle sin vacilar en algún tráfico. Por el fuego es como se prueba el oro... Dejándole en libertad veremos sus aptitudes... Envíale solo al Kama...

—¿Luego tú me aconsejas que tiente un ensayo?

—¡Claro! Si hace tonterías, perderás algunas monedas sin duda, pero al menos sabremos lo que guarda dentro.

—Perfectamente. Voy á enviarlo, replicó Ignat, con tono resuelto.

* * *

Tan pronto como fué primavera, Ignat envió á su hijo al Kama con dos barcazas llenas de trigo. El

vapor de Gordeieff, «El Laborioso», era el que las remolcaba. El capitán era el antiguo conocido de Tomás, era Efim, ahora Efim Mlitch, un hombre de treinta años, cuadrado, con ojos de garduña, razonable y severo.

Se marchaba de prisa y alegremente, porque todo el mundo estaba contento. Tomás se sentía orgulloso de la primera responsabilidad que pesaba sobre él. Efim contento por la presencia del joven amo, que no le objetaba en las pequeñeces y nunca le sacaba los colores al rostro. El buen humor de los principales personajes del barco, se reflejaba en el resto de la tripulación.

Salido en Abril, el convoy llegó á su destino en los primeros días de Mayo. Las barcazas anclaron y el vapor á su lado. Tomás tenía orden de dar salida al trigo tan pronto como fuese posible, coger el dinero y marchar inmediatamente á Perm, donde le esperaba un cargamento de hierro que Ignat se había comprometido á entregar para la feria.

Las barcazas habían anclado frente á una gran aldea, cerca de un bosque de abetos y situada á unas dos *verstas* de la orilla. Desde el día siguiente por la mañana vióse llegar, unos á pie otros á caballo una muchedumbre enorme y bulliciosa de campesinos y campesinas. Todo este bullicio se dispersó sobre el puente de las barcazas con gritos y cantares y se puso al trabajo con ardor.

Las mujeres que estaban en las bodegas llenaban los sacos; los hombres se encargaban de subirlos, franqueaban corriendo las pasarelas que ponían en comunicación al buque con el muelle y lentamente se veía partir, en dirección del pueblo, una larga fila de carretas, pesadamente cargadas de aquel trigo aguardado con tanta impaciencia. Las mujeres cantaban, los hombres bromeaban, los grumetes vigilaban y alguna que otra vez los activaban al trabajo. Las pasarelas ligeras se combaban bajo

el peso de los hombres y chocaban en el agua, mientras que de la ribera llegaba un rumor vago, donde se percibía el relinchar de caballos, el crujir de la arena bajo la rueda de los carros.

Apenas había salido el sol, el aire tenía una frescura, vivificante enteramente saturado del aroma de los abetos. El agua tranquila del río reflejaba un cielo puro y venía á chocar con dulce murmullo contra las quillas de las embarcaciones y las cadenas de las anclas.

El vocerío alegre de los trabajadores, el encanto intenso que se desprendía de la naturaleza respiraban una fuerza, un poco brutal, pero bienhechora y joven que se reflejaba en el alma de Tomás y despertaba en él sentimientos confusos y nuevos, y vagos deseos. Instalado bajo una tienda de campaña, colocada en el puente, tomaba té en compañía de Efim y del empleado encargado de recibir el trigo por cuenta del Ayuntamiento, un hombre colorado, miope, con lentes y la espalda encorvada por una enfermedad nerviosa. Este contaba el hambre que habían sufrido los campesinos, pero Tomás le escuchaba distraídamente mirando ya á los trabajadores de cubierta, ya la orilla de enfrente muy alta, amarilla, que se terminaba por una rambra llena de pinos. Estaba desierta y silenciosa.

«Sería necesario ir allá», pensaba Tomás mientras que sonaba en sus oídos la voz del empleado municipal que parecía venir de lejos, desagradable y chillona:

—No acertaríais á creer en las atrocidades á que se ha llegado... Miren, un ejemplo: en la ciudad de Osse, un propietario recibe un día la visita de un campesino que le lleva una joven de diez y seis años.—«¿Qué quieres?»—¡Pero no lo véis! dijo el campesino;—Excelencia os traigo á mi hija!—¿Para qué?—¡Tomadla; vos estáis soltero, señor!—¿Pero bueno, qué quieres? ¿Qué significa esto?—Pues que

la he paseado por toda la población para encontrarle una colocación de criada, y como nadie la quiere, hacedla por lo menos vuestra querida!» ¿Comprendéis? ¡Iba á ofrecerle á su hija como querida! ¡Su hija! ¡qué cosa más espantosa! ¿eh? El otro naturalmente, muy indignado, saltó sobre el campesino, le injurió, le amenazó... pero el campesino añadió, no sin razón: ¿Excelencia, de qué me sirve esta hija con los tiempos que corren? Completamente inútil... mientras que tres hijos que tengo... son futuros obreros... es necesario conservarlos... deme diez rublos por mi hija, yo me las aventuré con los muchachos... ¿Qué decís de eso? ¡Un horror!

—¡Eso no está bien! suspiró Efim. ¡Se tiene razón cuando se dice que el hambre no es una madre!... Y el vientre tiene sus leyes propias.

Este relato despertó en Tomás un interés inexplicable, palpitante, por la suerte de la niña, y se puso á preguntar ansiosamente al empleado:

—¿Y bien, por último, la compró ó no?

—¡Naturalmente que no! exclamó el empleado con tono de reproche.

—¿Y qué se ha hecho de ella?

—Ha habido gente bastante buena que la han recibido en su casa...

—¡Ah! ¡ah! exclamó lentamente Tomás.

Y añadió acto seguido con firmeza y cólera:

—¡Yo sí que habría arreglado á ese campesino! ¡Le habría roto la cara!

Y extendía hacia el comisionado su puño formidable.

—¿Y por qué? exclamó con aire compasivo aquel, quitándose vivamente los lentes. ¿No habéis comprendido las causas?...

—Ya lo creo que las comprendo, dijo Tomás con testarudez.

—¿Qué iba á hacer? Le vino la idea...